

**Rivera, Andrés, *El farmer*
Buenos Aires, Alfaguara, 1996, 126 páginas.**

¿Se puede narrar la desolación, la imposibilidad de la revolución? Este interrogante sobrevuela la última novela de Andrés Rivera; quien ya ha intentado —con señalado éxito— narrar otras desdichas: la ausencia, el silencio y el ocultamiento forzados del Dr. Cufre (*En esta dulce tierra*, 1984); los sueños aplastados y postergados de Juan José Castelli (*La revolución es un sueño eterno*, 1992). En *El farmer*, la voz de un Rosas exiliado en su *farm* británico en 1871, nos acerca, a través de un monólogo inquietante y rencoroso, algunos momentos de su pasado glorioso y de su presente de pobreza y soledad; aunque también apelará a un futuro que lo tuviere como protagonista: “Los argentinos darán mi nombre a su destino” (p. 43).

La novela nos propone un diálogo entre la “Historia” (en cuanto acontecer histórico pasado y retomado por la actividad historiográfica) y la “historia” (en cuanto aspecto de la narrativa que remite al acontecer narrado). En efecto, lo que enriquece el relato es que esa vinculación dispar entre “Historia” e “historia” debe efectuarse a través de los mecanismos de una *trama* (contraparte de la “historia”) que se encuentra extrañamente realizada, a veces de manera insólita. Rivera presenta en *El farmer* un despliegue exacerbado de construcciones mínimas (“No tengo mujer./ No ando de putas”; o “Nieva./ Hielo./ El día se fue.”); y también de escasos elementos cotidianos (el presente de Rosas: nieve, un brasero, una perra en celo y dos empleados). Esto puede formar parte de una confirmación extrema del pacto de lectura entre los que ya conocen la narrativa de Rivera y su nuevo “tono”; y más aún, podría propiciar un “renovado horizonte de expectativas y significados”,¹ que no sería el mismo que el evocado por sus anteriores novelas de ambientación histórica (como las dos ya citadas, o *El amigo de Baudelaire*, 1991, y *La sierva*, 1992).

En *El farmer* la *reconstrucción de la trama*, que corre por cuenta del lector, fuerza a éste a una *reconsideración* de aquel acontecer narrado por la historia y, por extensión, de ese saber al que Jitrik llama “referente”: “...preexistente, disponible, casi siempre ya ordenado y normativizado según ciertos acuerdos sociales que le confieren una forma determinada en relación con la lucha por el poder político; esos acuerdos, siempre violentos e impuestos por la lucha por el poder, confieren legitimidad a ese saber y, por consecuencia, valor histórico”.² Las dificultades del texto (moroso, reiterativo, contradictorio, aforístico), tienden a lo que Jitrik llama la “construcción del referido”: “la transformación o nueva organización del referente”; que, ya sea a través de los mecanismos de la “verosimilización” —exaltación del referente a través de la “representación o mimesis”—, o de la “inverosimilización” —a través de las dificultades ya apuntadas—, “sirven al menos para pensar en una acentuación del referido...”³ y “...tienden a vincularlo (al texto) con la literatura, no a separarlo de ella”.⁴

En *El farmer* es evidente esa vinculación directa entre la ficción literaria y la “Historia” de un personaje que está en los libros y en nuestro imaginario colectivo. Pero en ningún momento la ficción intenta sustituir a la Historia: se pretende lograr que ese pasado nos remita (abierto o silenciosamente) a la *problemática presente del poder*. Y esa *reconstrucción del presente* —ese otro “referido” al que se alude en la novela— constituye a este texto de “ficción histórica” o de “ambientación histórica”, en una novela “inherentemente política (...) por cuanto que asume (explícita o implícitamente) una posición ante la Historia documentada, la cual selecciona, organiza e interpreta los hechos según una perspectiva ideológica determinada (...). Es decir, la novela histórica es política en cuanto que adopta una posición frente al saber articulado por el documento y/o por el discurso historiográfico, ya sea para legitimar ese saber o para oponerse a él. Por ende, la novela histórica asume una posición de legitimación o de cuestionamiento del discurso hegemónico de poder, respaldado por el discurso historiográfico”.⁵

La ficción histórica expuesta en *El farmer* asume una posición concreta con respecto al poder en la actualidad: Rosas —como todos aquellos empecinados en un proyecto hegemónico— no duda: “Que en mi epitafio se lea: *Aquí yace Juan Manuel de Rosas, un argentino que nunca dudó*” (p. 7). En distintos momentos de su monólogo el ex-gobernador y hombre fuerte de la provincia de Buenos Aires hace explícito ese convencimiento: a los cabecillas de los mineros ingleses en huelga hay que “cortarles las cabezas” (p. 18); a los amantes Camila O’Gorman y Gutiérrez se los fusila por “el escándalo (...) la lascivia y la

¹ Pons, María Cristina, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*, México, Siglo XXI, 1996, p. 16.

² Jitrik, Noé, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos, 1995, p. 72.

³ Jitrik, N., op. cit., p. 62.

⁴ Jitrik, N., op. cit., p. 80.

⁵ Pons, M. C., op. cit., pp. 67-8.

obscenidad” (p. 33); así como Sarmiento no duda en querer que la Argentina sea Francia o EEUU, Rosas lamenta que no siga siendo parte de España (p. 42); tampoco dudan los represores de la Comuna de París, o los que conquistan territorios a los indios. Una frase resume contundentemente la ceguera y el mesianismo que colman esas seguridades incommovibles: “No hay en el mundo enemigo más esforzado de las asociaciones clandestinas, de la anarquía y del comunismo, que el general Rosas.” (pp. 62-3).

En definitiva, la reconstrucción de la trama nos lleva a la reconstrucción de la historia, y a una reconsideración de la Historia; y estas estrategias nos remiten inevitablemente a la problemática presente del poder: a pesar de los dogmáticos del pasado y del presente, el libro de Rivera deja entrever que las consecuencias de ese pasado oprobioso y de este presente incierto, pueden ser cuestionadas por las ideas y los impulsos de otros soñadores (los de la Comuna de París; o Karl Marx).

Gustavo Vulcano